

pueden tener un fundamento *ontológico* u *operativo*, y su generalidad dependerá en el primer caso de la capacidad del hombre de asumir opiniones generales sobre aquello que no ha hecho él mismo, y, en el segundo, de su capacidad de ver en general lo que es capaz de hacer por sí mismo.

El diálogo heideggeriano con los teólogos (RUDOLF BULTMANN, JOHANNES BAPTISTLOTZ S. J. y HEINRICH SCHLIER, pp. 175-203) no nos parece muy fecundo, salvo, tal vez, en lo que a método (logos) respecta. El *theos* parece quedar aquí fuera de toda consideración.

Omito los interesantes "Marginales a la Literatura Moderna" de W. JENS (225-36) y un brevísimo comentario de E. PREETORIUS, sobre el misterio de lo visible, por salirse del tema de esta revista. Lo mismo sucede con "La décima oda nemeica de Píndaro", de W. SCHADEWALDT y *Naturalismo y realismo*, de G. SCHMIDT. El ritmo y la cadencia lingüísticas, comparables a Orff en música, de HELMUT HEISENBÜTTEL (302-04), son, desgraciadamente, intraducibles para quien no conozca el idioma alemán.

MEDARD BOSS, psiquiatra de Zurich, emprende la no difícil tarea de mostrar a sus colegas de especialidad, cómo ha sido revolucionada esta ciencia con la "Daseinsanalyse". Mediante el ejemplo de una doctora de 36 años que sufre en un momento dado de su vida un episodio psicótico (¿esquizofrénico?), intenta mostrar la crisis de la tradición psiquiátrica y cómo debería cada psiquiatra reflexionar sobre "la autocomprensión de la psiquiatría como ciencia" (¡son palabras de Binswanger!). "El médico que conozca los descubrimientos de la analítica existencial, volverá a sentir como un respeto renovado por todo aquello que enfrenta en su paciente." Y añade más adelante: "Nada más necesario, en esta época de reducción, cada vez más radical de todas las cosas a par-

ticulas elementales o a "cuantos" energéticos matemáticamente computables, que esta actitud terapéutica y curadora, respetuosa del Ser y permanecer". (Cosa que comenta también acertadamente Werner Heissenberg en otra parte del volumen que criticamos). ¿Ha sido culpable de esto la Ciencia misma o el hombre?

Respondamos, finalmente, con las mismas palabras que le dedica a Heidegger René Char, que no traduciremos para no quitarles su fresco sabor: "Pour l'aurore, la disgrâce c'est le jour qui va venir; pour le crépuscule c'est la nuit qui engloutit. Il se trouva jadis des gens d'aurore. A cette heure de tombée, peut-être nous voici: —mai pourquoi huppés comme des alouettes?".

DR. BRENIO ONETTO BÄCHLER.

Hedwig Conrad-Martius. EL TIEMPO. Traducción de Antonio Rodríguez Huéscar.

Revista de Occidente, Madrid, 1958.
359 páginas

La aprehensión del tiempo en su esencia está considerada, con razón, como uno de los problemas filosóficos más difíciles y fundamentales. Testimonio de ello son los penosos esfuerzos del pensamiento para adueñarse de su contenido. Desde el *Timéo* platónico y las antinomias aristotélicas del ahora, hasta los intentos más actuales, pasando por Agustín y Kant, el tiempo se yergue como problema siempre presente, pero no por ello dominado. Su permanencia e insolubilidad final patetizan su carácter de auténtico problema metafísico.

Las dificultades para su comprensión habría que buscarlas en su relación particularmente negativa con el ser. El tiempo es lo que no es ya, o lo que no es todavía, pero "lo que está compuesto de no ser parece imposible que pueda ser algo,

que participe de la *ousía*" (Aristóteles. *Física* IV, 217b-218a). Estas dificultades Hedwig Conrad-Martius, discípula de Husserl y profesora honoraria de filosofía natural de la Universidad de Munich, cree poder superarlas sobre la base de una descripción fenomenológica y de una metafísica, esbozada en esta obra en sus rasgos fundamentales.

Esto último es importante, ya que *El tiempo* no se presenta como un tratado completo en sí mismo, sino que más bien como parte de un sistema total de la naturaleza, presente en otras publicaciones (*La autoconstrucción de la naturaleza, Ontología Real*). Así la necesidad y la dirección de la construcción metafísica se exponen con claridad y rigor, pero el valor mismo, concreto, de ésta, por la sola lectura de este libro, no puede ser plenamente juzgado. Siendo, como es, una gran obra, está abierta al trabajo detallado y paciente. Pretender juzgarla exhaustiva o totalmente, estaría fuera de lugar.

Además, el entrelazamiento positivo y creador de lo sistemático y de lo histórico, le da una gran riqueza de visión. Se confirma así lo que va siendo cada vez más evidente: que sólo la captación del problema en sí mismo permite reconocerlo en su desarrollo histórico, que la historia de la filosofía, como ciencia filosófica propiamente tal, sólo puede ser realizada por el pensador sistemático quien, al ver la dificultad misma puede reconocerla en el pasado. De este modo, las investigaciones de Conrad-Martius sobre la física de Platón y de Aristóteles, así como sus incursiones en la física actual adquieren importante valor, por ellas mismas, y deben ser tenidas en cuenta por el historiador de la filosofía y por el epistemólogo.

Trataremos de bosquejar el sentido y los intereses de sus investigaciones. En la primera parte ("El tiempo perecedero") se intenta la captación fáctica del tiempo real; en la parte segunda ("El tiempo

eónico"), se procura la fundamentación esencial de ese tiempo: fenomenología y ontología.

En la primera parte, la clave de su pensamiento la da su oposición a las concepciones tradicionales más generalizadas. De acuerdo a ellas, el continuo temporal, en sus dos direcciones (como flujo continuo que desde el futuro pasa a presente y luego a pasado o, como un avanzar desde la situación de presente al futuro), es ópticamente independiente del yo; por el contrario, la actualidad de presente es ópticamente dependiente de él. Por referencia al yo se distingue entre el futuro, el presente y el pasado; pero el tiempo real transcurre independientemente de esa mera distinción.

Para Conrad-Martius es justamente la concepción opuesta la adecuada. Hay que distinguir cuidadosamente entre el tiempo trascendental imaginativo y el tiempo real. El tiempo que todavía no es y el tiempo que ya fue son dependientes de la conciencia; son "la forma no reflexiva, trascendental de la intuición, en la cual captamos permanentemente, en virtud de la memoria y de la *expectatio*, el mundo y el suceder mundano, incluidos nosotros". Recuerdo y esperanza son condiciones necesarias (no suficientes por cierto) del tiempo imaginativo: tiempo continuo y coherente; irreal, aunque objetivo.

Es, pues, el yo el que funda el tiempo continuo. Pero esto es posible porque el yo y el mundo están en el tiempo real. Como lo continuo es un carácter imaginativo, el tiempo real deberá ser un discontinuo. De él hay que decir que es un hecho existencial puro. Conrad-Martius le reprocha a Heidegger que, por estar cautivo aún de la física clásica, no haya extendido su descripción de la existencia humana a la totalidad de los entes. "El progreso real del tiempo es discontinuo, porque cada apertura al ser es seguida, respectiva y precisamente, por una nueva pérdida del

ser. Existencia temporal es exactamente un ser entre comienzo y fin. Pero esto es válido, no sólo del modo de ser del hombre, sino también en general, del modo de ser de todo el mundo terreno y actual, que incluye al hombre" (pág. 44).

En la segunda sección de la primera parte la autora examina la problemática aristotélica del tiempo, así como su célebre definición de éste como "el número del movimiento, según lo anterior y lo posterior", que, según ella, implica su concepción del tiempo real como discontinuidad. No podemos señalar aquí los peligros y la riqueza de sus interpretaciones.

Las dos primeras secciones de la segunda parte contienen una amplia discusión sobre la física platónica y aristotélica. La definición que da el *Timeo* del tiempo como copia móvil de lo eterno, copia eterna, a su vez, que marcha según la pluralidad de los números, la plasmación del mundo por el demiurgo, así como los detalles de la creación del alma, son discutidos minuciosamente y en gran estilo. Aún más importantes son las consideraciones sobre los principales elementos de la física aristotélica, su idea del cosmos, del éter, del movimiento y del tiempo eónico (eterno). La oposición a conocidos investigadores de la física del estagirita es a menudo manifiesta (especialmente a Ross). La intención de la autora es mostrar que los motivos que llevaron a Aristóteles a fundar el movimiento empírico en el movimiento de las estrellas fijas, son esenciales para la construcción de una filosofía de la naturaleza consecuente y completa. El error de Aristóteles fue fáctico, originado en las insuficiencias de la física de su época, pero su modo de resolver, en principio, el movimiento empírico en uno eterno es, como tal, un descubrimiento imperecedero.

La tercera sección de la segunda parte ("Fundación ontológica del tiempo perecedero en el tiempo espacial suprafísico

y en el movimiento cíclico") está consagrada a reactualizar la tarea aristotélica, en conformidad con los adelantos actuales. Pero, siendo la parte más rica de la obra, la enorme cantidad de problemas y teorías que encierra y el alto vuelo especulativo en que se mueve, no permiten dar una visión completa o una apreciación adecuada de ella. Trataremos de señalar, más bien, los rasgos fundamentales que caracterizan la dirección de su investigación, antes que el modo de resolver concretamente los problemas.

Su intuición fundamental parece ser la siguiente: un sistema de la naturaleza es, esencial y primeramente, un sistema metafísico. Toda investigación científica debe estar dirigida y dominada por el pensar ontológico. Esto se hace patente en el rechazo de algunas de las consecuencias de la teoría de la relatividad. Así el pensador no debe retroceder, si es movido por los problemas, a recurrir a una ampliación de la naturaleza hacia lo transfísico; hay, pues, una ontologización de los fundamentos explicativos de los fenómenos empíricos. Sólo de este modo, desde una naturaleza ampliada, pueden ser explicados por ejemplo, los fenómenos de la evolución biológica. Análogamente, el tiempo empírico necesitará de una fundamentación desde lo transfísico en un tiempo eterno. Por todo ello, esta sección se mueve en el campo especulativo, y no es raro entonces que reaparezca toda una serie de viejos problemas metafísicos, completamente olvidados por el pensar actual o por la moderna filosofía de la naturaleza (y ¿no podríamos decir también: completamente olvidados por el pensar cauto, analítico y crítico?). Pero es imposible negar que se trata de una reaparición noble y rigurosa. La investigación no pretende ser teológica, pero no puede menos de sacar sus temas del pensar teológico. Sorprende, por ejemplo, el intento de probar, ontológicamente, una

descentralización cósmica, un descalabro cósmico, análogo metafísico del pecado original.

Todo el proceso de fundamentación del movimiento empírico en un tiempo eónico, la caracterización de este último, el remitirse a otros fundamentos transfísicos de los fenómenos (los fundamentos pasivos de posibilidad), las incursiones en la física moderna y actual, la referencia al pensamiento budista y cristiano y algunas interesantes reinterpretaciones de los clásicos (como la reinterpretación de la sentencia de Anaximandro) revelan el vigor y la altura reflexiva que caracterizan al pensar de Hedwig Conrad-Martius; y, pese a las consideraciones críticas que pueden hacerse, nadie podrá negar el ingente esfuerzo de pensamiento que el tratamiento de tantos problemas requiere, así como el impresionante dominio de tantos campos del saber. Por eso afirmábamos que era imposible decir la última palabra sobre su filosofía. Ella vendrá de suyo cuando el conocimiento de sus otras obras y el acercamiento directo a los problemas permitan juzgarla adecuadamente.

El tiempo consta además de dos apéndices: "La medición del tiempo" y "La videncia temporal", en los que se amplía la doctrina a campos particulares. El estilo en que está escrito es de seca exactitud, lo que, a menudo, hace difícil su lectura.

PATRICIO MARCHANT.

F. H. Bradley. APARIENCIA Y REALIDAD. Versión española, introducción y notas de Juan Rivano. Comisión Central de Publicaciones de la U. de Ch. Editorial Universitaria. Santiago, 1961. Dos volúmenes. 520 páginas

La correcta versión en español de un clásico será siempre recibida como un gran bien, casi diría como el cumplimiento de una misión, visto lo poco que origina-

riamente se escribe en nuestro idioma y lo escaso y deficiente de las traducciones en uso. Pero en la publicación que nos ocupa, a los méritos ordinarios de esta tarea hay que sumar un nuevo y hondo significado: la obra representa la introducción en Chile del pensamiento neohegeliano inglés, casi desconocido en nuestro medio, no obstante la importancia de este modo de pensar unitario y ceñido, cuya influencia, no siempre consciente o declarada, se observa en diversos ángulos de la actividad espiritual.

El aislamiento y la precariedad filosófica en que vivimos nos obliga muchas veces a formarnos unilateralmente, sin poder escoger, en ideas cuyo reinado es un poco el producto de circunstancias azarosas. Después del positivismo, esa actitud básica de la mente humana, cuyas repercusiones llenaron todo un período en Chile, llegando a acuñar un noble estilo de pensar y considerar las cosas, no hemos visto una nueva filosofía que reemplace con éxito la decadencia de aquélla, fruto natural de las limitaciones y contradicciones que envolvía. El aliento de Hegel, purificado de sus enervantes excesos metafísicos, encierra, sin duda, esa posibilidad; y así parece haberlo entendido el profesor Rivano, cuyos escritos y enseñanzas de cátedra se hallan impregnados del espíritu de esa doctrina, que lo compromete vitalmente. Entrar en los grandes filósofos implica no sólo conocimientos técnicos y agilidad mental, sino una suerte de afinidad con el maestro, en cuya ausencia se queda uno con el mero esqueleto racional de los sistemas. Esta situación favorable es la que ha permitido al traductor una versión ideológica excelente al par que un estudio vasto y certero. La extensa introducción (60 páginas) constituye un verdadero ensayo, en lo cual, por paradoja, reside su defecto, pues no cumple con el necesario propósito de llevar al lector de la mano por tan ardua y nove-